

Nosotras
en el
Escenario

Porque no están solas: 1,111 mujeres por la paz

Elvira Hernández Carballido

Las mujeres indígenas han cambiado la vida de todas las mexicanas, dijo con orgullo María Rosa Márquez -titular de la Secretaría de la Mujer del Partido de la Revolución Democrática (PRD)- y su afirmación nos hace recordar de inmediato las imágenes donde esos pequeños cuerpos femeninos color moreno enfrentaban con valentía a los militares, sus únicas armas: sus rebozos y su dignidad. Para demostrar nuestro respeto y solidaridad más de mil mujeres decidieron ir a Chiapas en una caravana por la paz.

Si bien desde el primero de enero de 1994 el estado chiapaneco conmovió y despertó nuestros corazones, el 22 de diciembre de 1997 un gran luto nos invadió cuando cuarenta y tres indígenas fueron asesinados en el poblado de Acteal, de ellos 21 eran mujeres (cuatro embarazadas), 14 niños y niñas. Gente inocente, buena, pacífica. Por suerte, personas como María Rosa Márquez, además de llorar a los muertos, tuvieron la firme convicción que era necesario hacer algo para decirles que no están solas.

La necesidad de ayudar lo más pronto posible a las comunidades chiapanecas que seguían padeciendo violencia dio a luz la idea de visitarlas, de consolarlas personalmente, de reclamar junto a ellas justicia y de compartir esperanzas, fue así como a iniciativa de la titular de la Secretaría de la Mujer del PRD se hizo una convocatoria pública invitando a todas las mexicanas no sólo a donar víveres sino a acudir a esos poblados lastimados y solidarizarse con ellos.

La sencillez de María Rosa queda al descubierto cuando una y otra vez repite que si bien la iniciativa fue de ella, y su partido las apoyó, la caravana no es una creación partidista porque la invitación fue muy abierta y poco a poco se integraron mujeres de otros partidos,

con diferentes niveles sociales, de diversas profesiones y lugares. "Lo importante era no ser espectadora sino ir allá para exigir, para reclamar, para denunciar. Fue así como surgieron objetivos básicos: que se cumpla de inmediato con los Acuerdos de San Andrés; se desmilitarice el estado de Chiapas; juicio penal al ex gobernador Ruiz Ferro; se garanticen condiciones de seguridad a los y las desplazadas; detener los crímenes contra las mujeres indígenas".

A pocos días de la convocatoria, las oficinas de la secretaria de la Mujer del PRD se vieron invadidas por paquetes que contenían ropa, objetos, comida... "Y todo nuevo, la gente pese a la crisis que vivimos no dudó en regalar lo mucho o poco que podía". De esta manera la caravana femenina declaró antes de partir:

– Estamos comprometidas en la construcción de la paz justa y digna, y daremos nuestro mejor esfuerzo para llevar al último rincón de nuestra República la voz de nuestras hermanas indígenas que es ya nuestra voz.

– Proclamamos la unión de las mujeres de México y del mundo en la construcción de una sociedad justa, digna, libre e igualitaria.

– Esta caravana no sólo lleva ayuda humanitaria, también lleva un lazo de amor y reconocimiento, porque nosotras somos ustedes.

– Porque al entregarles el Lábaro Patrio queremos simbolizar que nunca más habrá un México sin las mujeres indígenas y sin todas nosotras.

– Porque cuando una mujer avanza, no hay hombre que retroceda.

Nuestra entrevistada recuerda que cuando ya estaban listas para salir, a última hora los camiones que las llevarían jamás llegaron, parecía que ellas y las 140 toneladas de ayuda recaudada no arribarían hasta Chiapas. Por suerte, todo se quedó en un susto y lograron

conseguir apoyo en otra parte. Además del retraso, hubo otras cosas que enfrentar: organizar a más de mil mujeres diferentes que sólo coincidían en el compromiso absoluto de ayudar, registrarlas y ubicarlas por grupos, dividir equitativamente los lugares que se visitarían... pese a todo la caravana siempre hizo hasta lo imposible por cumplir con sus objetivos.

La mirada de María Rosa Márquez brilla emocionada al recordar el recibimiento que tuvieron: "En Pholó todo fue impactante. Nos recibieron con una lluvia de flores, con música, cantos, gritos de júbilo e inolvidables aplausos. Con paso lento avanzábamos entre la multitud, llevábamos al frente la bandera de México, algunas no aguantamos las lágrimas. Las mujeres indígenas vestían su ropa más bonita, ellas también se notaban emocionadísimas".

Si bien, señala Márquez, querían demostrar una actitud solidaria y al mismo tiempo festiva, no querían agrandar la tristeza por lo ocurrido, pero no fue fácil porque en el ambiente siempre flotó el dolor y la pena por lo ocurrido, principalmente cuando de viva voz escucharon los testimonios de las mujeres, donde la tragedia, la injusticia y su propia valentía se mezclaban de tal manera, que todas las denuncias fueron muy "canijas".

Con voz temblorosa y ese discreto nudo en la garganta María Rosa lee algunos testimonios, en cada palabra puede constatar una fuerza humana admirable: "no tenemos miedo a los soldados", "nuestro pueblo no es cuartel, fuera el ejército de él", "nos dicen indias pen-dejas y nos pegan hasta hacernos sangrar", "nos robaron nuestras cositas y nos dejaron sin nada", "no nos dejen solas, no tenemos miedo pero, por favor, no nos dejen solas".

- Y ¿qué sentías al escuchar esas voces indígenas? "Ufff... Impotencia, ¿cómo puedes en verdad ayudarlas?... Coraje, ¿por qué un ejército es capaz de matar a su propio pueblo?... Un compromiso absoluto, porque esto no debe quedar entre nosotras, debe ser oído en todo el país... Admiración, cómo han logrado enfrentar tanto dolor, tanta injusticia, qué valor el de ellas, qué heroísmo..."

En los días que estuvieron allá, la caravana comprobó que Acteal no está tan lejos de San Cristóbal, incluso algunos pobladores aseguran que los disparos del 22 de diciembre se llegaron a escuchar con claridad, pero lo peor fue descubrir entre las dos poblaciones, ubicado justo a la mitad, un cuartel del ejército mexicano que no hizo absolutamente nada para

detener la matanza, más bien protegieron a los asesinos. Entonces, "decidimos ir a verlos, enfrentarlos, preguntarles por qué son así, nuestra única protección fue la bandera mexicana y un rebozo blanco como emblema de la paz. Y los vimos frente a frente, algunos rehuían nuestra mirada, otros inclinaban la cabeza como avergonzados, algunos nos decían que sólo obedecen órdenes y nosotras les respondíamos que tal vez sea cierto pero que eso no les daba derecho de masacrar a su pueblo".

Para María Rosa Márquez vivir esos momentos representó la oportunidad de creer más en las mujeres, se reforzó la convicción de que "por más débiles que parezcan hay una energía, una potencialidad de gigantes en cada una de ellas. Lo vimos y lo vivimos. Además resultó muy vital para ellas comprobar que no están solas, valoraron mucho nuestra presencia, la solidaridad demostrada. Por otro lado, las mujeres de la caravana también salimos fortalecidas, hubo una gran retroalimentación, nos contagiaron su valentía, nos enseñaron cómo luchar sin perder la dignidad ni la fé".

Para la titular de la Secretaría de la Mujer del PRD lo logrado hasta el momento no es un triunfo partidista sino un logro de la lucha de las mujeres en general. Si bien la iniciativa fue de ella, la respuesta fue de todas las mujeres que querían ayudar, por lo que considera que la caravana es una muestra de la democratización femenina. Sin duda, dice nuestra entrevistada, "las mujeres de México estamos dispuestas a construir una paz verdadera, 1.111 mujeres por la paz ha permitido demostrar que es posible cohesionar a mexicanas de diferentes partidos e ideologías por una sola causa. Todos podemos aportar mucho por la paz, crear una nueva cultura política, un nuevo modelo de poder que no aplaste sino que comparta, respalde e impulse. Las mujeres no buscan un protagonismo sino simplemente la paz y siempre existirá una verdadera solidaridad entre nosotras".

La caravana puede crecer todavía y se espera que su vida sea larga, por el momento continuará haciendo actos de solidaridad, como el de febrero en el que se formaron vallas humanas en todos los cuarteles del ejército para protestar su presencia en las comunidades indígenas. Así que este ocho de marzo no les sorprenda encontrarlas en el zócalo de la mano de esas pequeñas de tamaño pero gigantes de corazón mujeres indígenas, que de verdad no están solas. 